

LA VIDA EN SAN SEBASTIAN

meros de Guetaria, en la valiza situada al Este, junto al Muelle; la «Cantabria», tripulada por los remeros donostiarras, en la valiza del Oeste, al lado de la isla de Santa Clara.

Rocía, preciosa, fué la salida que hicieron las dos embarcaciones. Sin reservarse los tripulantes, pero sin realizar esfuerzos que pudieran agotarles pronto, avanzaron las dos traineras que navegaban casi juntas. Marchaban casi en la misma línea y por eso tan pronto creían unos que eran los de San Sebastián los que avanzaban, como otros veían que eran los de Guetaria los que dejaban atrás a los donostiarras.

Fuera ya de la bocana, vióse que ni unos ni otros cedían; animosamente remaban siguiendo cada cual el ritmo iniciado a la salida, hasta que cerca de las valizas de viraje, se dió el caso más bonito en esta clase de luchas, y muy difícil de que se repita. Los veintiséis hombres que remaban en las dos embarcaciones siguieron durante unos segundos el mismo ritmo; las dos tripulaciones, como movidas por una misma máquina, dieron de quince a veinte paladas al mismo tiempo, sin retraso ninguno por parte de uno u otro. Se perdió el compás después de esas paladas, pero ésto fué porque los donostiarras debieron creer llegada la hora de separarse de sus adversarios, con quienes llegaron a ir tan iguales que navegaron un rato en la misma ola.

La lucha era cada vez más interesante, tanto que del interés pasamos a emoción. Era la lucha de dos enemigos que no podían separarse; eran los hermanos que se disputaban algo que para ellos tenía más importancia que todos los trofeos, y los dos valían lo mismo, los dos eran de iguales fuerzas, sabían lo mismo... Unos muchachos, que no son hijos del mar, pero que también sienten el estímulo de esta clase de luchas, los remeros de Loyola, querían seguir a los colosales en su marcha, tripulando una trainera, como ellos; pero hubieron de quedar muy atrás. Aún no son como los remeros, hijos del mar. Un magnífico aeroplano apareció volando sobre Igubejo en dirección a la ciudad y siguió volando sobre las embarcaciones que tenían entablada lucha tan igual y tan reñida.

Al fin, los donostiarras pudieron despegarse algo de sus contrarios: media embarcación, y así siguieron bogando hacia la valiza, sin poder separarse más, hasta que, ya muy cerca de los rojos cartelones, en un magnífico esfuerzo, el más formidable de los donostiarras, avanzaron hacia su valiza e iniciaron el viraje, un viraje soberbio, ceñidísimo, como no lo puede dar nadie. Seis paladas después viraba la embarcación de los guetariños, quienes iban de tres a cuatro embarcaciones más atrás.

Siguieron bogando, de regreso a la bahía. Los guetariños apelaban a todos los recursos, a la «champa», a la remada larga, a todo, y, sin embargo, la distancia no se acortaba. Y los remeros donostiarras hicieron su entrada triunfal gloriosa, magnífica, en la bahía, entre las aclamaciones, los gritos de las gentes entusiasmadas y el pitar furioso de las sirenas de los vapores, que así celebraban el gran triunfo. Como último esfuerzo, los remeros de San Sebastián hicieron un alarde, el de remar a la «champa» y la embarcación, cortando las aguas, llegó rápida a la línea de llegada y los remeros se alzaron orgullosos por los vencedores de quienes vencieron a los vencedores de otro día.

Y cuando el cronometrador cantó las cifras que su cronógrafo, marcaba, la emoción fué mayor. Lo que era una esperanza se había convertido en una realidad. Los donostiarras, por su voluntad de hombres fuertes, habían conseguido lo que se proponían: habían cubierto el trayecto en mucho menos tiempo que los que les habían vencido antes, pues sólo invirtieron 19 minutos, 55 segundos y 4/5

de segundo. Los de Guetaria invirtieron 20-12-4/5.

LOS MAESTROS VENCIDOS

Llegó el momento en que los vencedores de una semana antes, los que lograron que en el ánimo de todos se sobrepusiera el entusiasmo de su labor soberbia al pesar de la derrota que infligieron a todos los demás remeros, demostrasen que continuaban siendo los primeros, los maestros invencibles, los hombres de brazos de acero y de alma templada. Todos esperaban una nueva proeza suya, y decíamos todo porque todos creían algo difícil que, cambiando de embarcación fuesen tan temibles.

La trainera «San Nicolás», patroneada por los remeros de Pasajes de San Pedro, se situó en la valiza del Oeste, del lado de la isla; «La Unión», tripulada por los remeros de Orío colocóse en la del Este, junto al Muelle.

Como San Sebastián y Guetaria antes, juntas salieron las dos embarcaciones, pausadamente: los de Pasajes, como el domingo anterior, sin dar señales de impaciencia; los de Orío, como el domingo anterior, esperando el momento oportuno para repetir su hazaña. Pero este momento no llegó. Aleccionados los de Pasajes, su patrón vigilaba atentamente los movimientos del contrario y procuró consiguiéndolo, no separarse de la línea.

Era una regata de acecho mutuo. No era una lucha reñida sino sorda, de emboscada, en la que el más hábil, el que tuviera más vista había de arrancar violentamente para dejar atrás al adversario.

Y así continuaron remando hasta pasada la bocana. Ya en pleno mar, el gran Quirico, en cuyo vaporcito navegábamos, afirmó con la seguridad del hombre experimentado, del técnico convencido de la certeza de sus afirmaciones, que Orío perdería la regata. El había observado algo; él tenía motivos serios para afirmar, como lo hizo. Ni un solo comentario salió de sus labios. Ni una sola palabra más pronunció el bravo patrón, el que ganó siempre... Quirico dijo la verdad; antes de llegar a las valizas, Pasajes de San Pedro llevaba dos tercios de embarcación de ventaja a la de Orío; pero la lucha no había, siquiera, empezado. Trataron, sí, los de Orío, de repetir su hazaña, pero los de Pasajes respondían con la arrancada a la arrancada de Orío, con el esfuerzo al esfuerzo de los otros. Y en vez de ser los maestros vencedores, fueron los perseguidos por los implacables remeros de San Pedro, por sus discípulos que supieron poner en práctica los métodos de aquéllos, acosándoles para que cualquier esfuerzo suyo resultase estéril. Así ocurrió; todo el empeño de los de Orío quedó roto, deshecho por la persecución de los adversarios que, aprovechando el momento, llegaron antes a su valiza e iniciaron el viraje unas paladas antes que los de Orío.

No fué tan preciosa la vuelta que dieron los de Pasajes a su valiza; pero fué ceñidísima comparándola con la de Orío, que se separó vapor y medio, lo menos, de la barca, perdiendo unos segundos preciosos que fueron aprovechados por los de San Pedro, quienes con el vigor que da la probabilidad de la victoria, dieron una formidable arrancada que dejó más de tres embarcaciones atrás a los de Orío.

Estos vieron en peligro la bandera; se dieron cuenta que la pérdida de la regata suponía una derrota económica de mucha gente que en ellos había confiado y entonces se estableció una lucha terrible, dura, tremenda. Entonces eran ellos los que perseguían, pero el perseguidor parecía favorecido por la suerte y huía rápido hacia la meta ganando más metros cuanto más avanzaban. La bandera, el honor, huía de sus manos; ellos que fueron los primeros iban a ser

los últimos. De todas partes salían exclamaciones anunciando la derrota de Orío, una derrota total, pues se clasificaba en cuarto lugar. Y así fué.

Llegó la embarcación tripulada por los «pasaitarras» y un clamor inmenso, en el que los vitorios apagaban las voces de los que gritaban imprecando a su suerte mala, se levantó en toda la bahía. Pocas veces una derrota fué recibida con mayores muestras de entusiasmo. Era que los maestros, los que una vez se creyó invencibles, eran derrotados... Y entre el clamor se oía la voz monótona que contaba siguiendo el ritmo de los remos de Orío: una, dos, tres, cuatro... hasta dieciséis paladas.

Pasajes de San Pedro había vencido a Orío; Pasajes de San Pedro había arrebatado la bandera de honor a Orío. Pero a todos, sin el estímulo de la bandera, sólo por satisfacer su amor propio herido con una derrota el domingo anterior, habían vencido los donostiarras...

La tripulación de Pasajes de San Pedro había invertido en cubrir el mismo trayecto que en la regata anterior 20 minutos, 6 segundos y 4/5 de segundo; la tripulación de Orío había invertido en cubrir el mismo recorrido, 20 minutos, 23 segundos y 2/5 de segundo.

LAS SUMAS DE TIEMPOS

Hechas las sumas de los tiempos invertidos por cada una de las cuatro tripulaciones, dieron la siguiente clasificación general:

Primero. San Sebastián, 40 minutos, 32 segundos y 1/5.
Segundo. Pasajes de San Pedro, 40-39.
Tercero. Orío, 40-40-3/5.
Cuarto. Guetaria, 40-55-4/5.

UNA CONFUSION

Terminada la regata, los comentarios comenzaron atribuyéndose el triunfo a Pasajes de San Pedro. En el ánimo de todos los que presenciaron la prueba estaba el triunfo completo de los «pasaitarras», y los que hicieron uso de sus cronógrafos, que no eran pocos, hicieron que la noticia se repartiese por toda la parte vieja. Pero llegaron los que en seguida querían poseer datos oficiales y llegó la confusión. El cronometrador oficial, después de pasados los veinte minutos en la regata última, al ver que llegaban ya las embarcaciones empezó a contar los segundos que transcurrían, hasta llegar a los seis, en que San Pedro terminó la prueba, comenzando a contar de nuevo hasta 47 para Orío; pero a algunos se les olvidó que a éstos había que agregar los seis de San Pedro para completar el tiempo completo invertido por Orío, y salieron en seguida diciendo que por cuatro segundos los de Orío no habían perdido la bandera.

Esto dió lugar a un conato de protesta por parte de la gente que estaba convencida de que el triunfo completo era de los de Pasajes, y a una protesta del representante de Orío que se aferraba a sus dieciocho segundos, sin tener en cuenta los otros seis, cuando el cronógrafo oficial señalaba los tiempos y cuando dieciséis paladas de diferencia que les sacaron los de Orío suponían algo más de doce segundos.

Además — y esto lo decíamos también el año pasado — es hora ya de que los que tomen parte en las regatas, remeros y no remeros, estén convencidos de que los señores que forman el jurado, desde el presidente hasta el secretario, son personas solventes, que, como tales, no les importa que ganen unos u otros, pues para ellos todos son iguales. Y la mejor prueba de esto es que ninguno de ellos, concejales, cronometrador y el señor comandante de Marina, ninguno apuesta por nadie, y esto nos consta, como consta a quienes equivocadamente atribuyen mala voluntad por determinado pueblo. En San Sebastián no nos podemos ocupar de esas cosas de mala voluntad...

EL REPARTO DE PREMIOS

Cuando los donostiarras y los de Pasajes de San Pedro desembarcaron en el muelle de pescadores, se desbordó el entusiasmo, un entusiasmo delirante. Los remeros fueron seguidos por un gentío enorme a la plaza de la Constitución, que estaba completamente llena de gente que, también aclamó a los vencedores.

Largo tiempo esperó la gente que se asomase la bandera en el balcón de la Casa Consistorial. Hubo que deliberar y que convencer, y en ésto se llevó tiempo. Al fin, bajo la presidencia del digno comandante de Marina, se procedió al reparto de premios en la siguiente forma:

REGATA DE RATELOS

Aficionados: Patrón José Manuel Agote, primer premio; patrón Francisco Carril, segundo.

Profesionales: Patrón José Aramberri, primer premio; patrón Joaquín Eizaguirre, segundo.

REGATAS DE TRAINERAS

Día 21.—Orío, 3250 pesetas; Pasajes de San Pedro, 2750; San Sebastián, 200; Guetaria, 1500; Zumaya, 1000.

Premio de consolación otorgado por el Ayuntamiento:

Fuerterrabía, 600 pesetas; Pasajes Ancho, 500.

Día 28.—San Sebastián, 19 m. 55 s. 4/5; 2000 pesetas.

Guetaria, 20 m. 42 s. 4/5; 1500 pesetas.

REGATA DE HONOR:

Pasajes de San Pedro, 20 m. 6 s. 4/5;

7500 pesetas y la bandera de Honor.

Orío, 20 m. 23 s. 4/5; 2500 pesetas.

La bandera de Honor fué entregada por el alcalde, don Pedro Zaragüeta, al patrón de los remeros de Pasajes de San Pedro, quien, como es costumbre, saludó con ella al pueblo desde un balcón de la Casa Consistorial. Entonces se repitieron las ovaciones, las cuales siguieron durante el desfile de los remeros victoriosos por las calles de la parte vieja, en las que reinó grandísima animación hasta hora avanzada de la madrugada.

EN HONOR DE LOS VENCEDORES

El entusiasmo producido por el magnífico triunfo de los remeros donostiarras, hizo que surgiera en el puerto la idea de festejarlo dignamente. Para ello, una comisión de pescadores visitó ayer a mediodía al alcalde para solicitar su autorización a fin de que por la noche una banda de música tocase bailables en el puerto. El alcalde, no sólo autorizó la música sino que también tomó por su cuenta los honorarios de la banda.

Por la noche hubo muchísima gente en el puerto, donde el baile oficial duró dos horas; pero aún continuó la fiesta en todos los establecimientos.

En Pasajes de San Pedro, los remeros fueron objeto de un recibimiento grandioso. El pueblo en masa salió a recibirlos para honrarles con sus aplausos.

Los remeros, con la bandera enhiesta, entraron en Pasajes ocupando un ómnibus. Cohetes, música, vivas, aplausos, todos estos ruidos atronaban el espacio.

Por la tarde fueron sacadas de las vitrinas las tres banderas ganadas por los remeros de San Pedro en otras luchas, y acompañaron en procesión de trofeo a la ganada el domingo, la cual ondeó en la alta muralla que mira al canal.

En barcas fueron paseadas luego las cuatro banderas por la bahía de Pasajes, para desembarcar en San Juan, donde también fueron recibidos los vencedores con grandes muestras de entusiasmo. También los de San Juan sacaron las dos banderas que tienen guardadas, y con las de San Pedro pasearon por las calles angostas del pintoresco pueblo.

Y también en el Pasajes de San Juan atronaron el espacio los ruidos de las músicas, del tamboril, de los cohetes y de las aclamaciones, que duraban por la noche...

ENCUADERNACIONES

Se hacen en esta imprenta